

Hugo Bouter

Lecciones de la vida de Agar

Encuentros en el pozo

«El ángel de Yahveh la encontró junto a un manantial de agua en el desierto, junto a la fuente del camino de Shur».

«Entonces se marchó y vagó por el desierto de Beerseba (...). Y Dios le abrió los ojos, y vio un pozo de agua».

Génesis 16:7-14; 21:8-21

Huyendo de Dios

Un encuentro inesperado en un pozo. Tema importante de las Escrituras. Los pozos solían ser un lugar de encuentro entre las personas, pero también entre el hombre y Dios. Puede que este sea el rasgo más característico de la historia que vamos a relatar. Aunque el hombre se haya desviado, Dios ha salido en su búsqueda. En el Génesis vemos a un Dios de amor que busca y acude en ayuda de un pobre ser humano perdido. Este Dios se llama *El Roi*, «el que todo lo ve», y sale en busca de los hombres antes de que ellos lo busquen a Él (v. 13; cf. Ro 5:8; Ef. 2:1-10). En el Nuevo Testamento, este Dios amoroso adquiere la forma del Hijo del Hombre, que vino a buscar y salvar lo que se había perdido (Lc. 19:10).

El Ángel del Señor fue a encontrar a Agar en un manantial del desierto (Gn. 16:7). Él tomó la iniciativa, pues es rico en misericordia (Ef. 2:4). Agar no buscaba al Señor; en realidad, huía de su ama Sarai. El nombre de Agar significa «huida». Abandonó el pueblo al que Dios había revelado sus promesas y el círculo de los que habían sido bendecidos con su presencia. Quiso seguir su propio camino, pero al hacerlo también dio la espalda al Dios de Israel. Agar muestra aquí el carácter del primer

hombre, que se escondía del Dios contra el que había pecado, y su hijo mayor, Caín, que se convertiría en un fugitivo y un vagabundo sobre la tierra.

Esto ha sido lo habitual desde Adán: huir de Dios y esconderse de la presencia del Señor (Gn. 4:11-16). Entre el hombre y Él se ha producido una separación, un abismo que nosotros no podemos salvar. Como personas pecadoras y culpables, estamos alejados de la presencia de Dios y de su corazón amoroso. Esto es obvio por las muchas formas que el pecado adopta en las vidas de la gente.

Un creyente también puede estar huyendo de Dios. Lo vemos, por ejemplo, en el caso de Jonás, cuando huía de delante del rostro del Señor (Jon. 1:3). ¿Es esta tu situación, o tal vez estemos hablando de la mía? ¿Estoy huyendo de Dios? ¿Desobedezco su voz y el mandamiento que me ha dado? ¿Voy vagando por el desierto de esta vida y el laberinto del mundo?

La intervención de Dios

Al igual que Agar, tenemos que rendir cuentas a un Dios de bondad, que nos busca en medio de nuestra miseria. Lo hizo con el primer hombre y también con ella. El Ángel del Señor la encontró junto a un manantial de agua en el desierto, en la fuente del camino que conducía hasta Shur (v. 7). La ubicación de este pozo se describe más adelante en el versículo 14: «Observa, está entre Cades y Bered... ».

Cades era un lugar donde detenerse en el desierto, ubicado al sur de la tierra de Canaán. Desde Cades Barnea – que significa *manantial sagrado* –, los espías habían subido a inspeccionar la tierra. Bered es un lugar desconocido y recibe una única mención aquí. La ciudad fortificada de Shur, en cambio, estaba situada al este de Egipto. Agar se encaminaba hacia el país del que había sido tomada como esclava por Abram. En las Escrituras, Egipto es una imagen del mundo sin Dios, el mundo del que teníamos que ser redimidos. Nada bueno nos espera si queremos volver allí. Solo la bondad de Dios nos busca y pone fin a tal intento de escapar de Él. Pero esto solo puede ocurrir «en el pozo», en el lugar donde bebemos del agua viva de la palabra de Dios y de su Espíritu para encontrarnos con el Dios vivo, el Dios que nos ve y conoce nuestras circunstancias: *Beer Lahai Roi* (Pozo del *Viviente que me ve* – v. 14).

Por supuesto, Agar lo pasó muy mal. Podemos entenderlo. Después de todo, había sido humillada por su ama Sarai, por eso huía de ella. No sabemos la naturaleza exacta de esta humillación, pero tuvo que ser dolorosa para Agar. Seguro que Sarai la había sermoneado después de todo lo que había hecho por ella, como darle un

lugar privilegiado en su casa, pero está claro que Agar no tuvo que haberse enaltecido sobre su ama y por ello fue necesaria una corrección. Las relaciones se habían torcido y había que enderezarlas. El Ángel del Señor lo suscribió al decir: «Vuélvete a tu ama y sométete a su mano» (v. 9). Agar no tuvo más remedio que aprender la lección que no había aprendido hasta entonces. Fue doloroso, pero necesario, desandar el camino, descender por la vía de la humillación, aunque se tratase, al fin y al cabo, de un camino de bendición. Este principio es aplicable a los cristianos hoy en día: «Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte a su debido tiempo» (1 P. 5:6). Será difícil lograrlo no solo ante Dios, sino también ante los hombres.

El camino de vuelta

La conversación entre Agar y el Ángel – el propio Señor – consta de tres partes, como afirma el versículo 13. Contiene una pregunta, una orden y una promesa de bendición.

(1) En primer lugar, el Ángel del Señor le hizo una pregunta inquisitiva: «Agar, sierva de Sarai, ¿de dónde vienes y adónde vas?» (v. 8). Sabía quién era ella y también le recordó la posición que había dejado como subordinada. La pregunta era, de hecho, muy relevante y aplicable, por lo general, a cualquier persona. Una traducción libre sería: «Hombre, ¿de dónde vienes y hacia dónde te diriges?» Vale la pena pensar en ello: ¿cuáles son mis orígenes y mi destino? Soy una criatura de Dios surgida de su mano, no el producto de un largo proceso de evolución. ¿Qué destino me espera? ¿Voy hacia el cielo o hacia Egipto, a la destrucción y la ruina?

Dios le hizo la siguiente pregunta a Adán: «¿Dónde estás?», ya que el hombre se había ocultado de su presencia. Había pecado contra Dios y mediaba una separación entre ambos. De hecho, estaba alejado de Él y sin esperanza en el futuro (cf. Ef. 2:12). Además, Dios le hizo otra clase de pregunta a Caín: «¿Qué has hecho?» (Gn. 4:10). Él fue el primer homicida después de matar y quitar la vida a su propio hermano. No solo pecó contra Dios, sino contra su prójimo. Nuestra condición y las acciones pecaminosas que cometemos nos separan de Dios. La pregunta de Génesis 16 se formula como consecuencia de todo ello. Si entiendo cuál es mi verdadera condición y admito que soy pecador, también debo reflexionar sobre mi futuro, abordar la cuestión de hacia dónde me dirijo realmente. ¿Cuál va a ser mi fin?

(2) Sin embargo, esta pregunta viene acompañada de un mandato: ¡arrepentirse y volver! Es lo que leemos en esta historia: «Vuelve y humíllate» (v. 9). El

arrepentimiento no es tan difícil como parece. Básicamente, tenemos una orden clara: la de dar la vuelta y regresar a Dios. Al mismo tiempo, el mandato tampoco es fácil, puesto que debemos humillarnos ante Él y arrepentirnos en polvo y ceniza (cf. Job 42:6). En el camino de la humillación no queda nada de uno mismo, dado que por la vía del arrepentimiento y el renacimiento se restablece la comunión con Dios. Este es el camino de la verdadera bendición, de la auténtica felicidad.

(3) Con Agar sucedió lo mismo. Una formidable promesa acompañaba la orden de arrepentirse. La difícil orden recibida culminó en una rica bendición. El hijo de Agar pudo ser aceptado como la descendencia del patriarca cuando se produjo el regreso a su ama. Esto lo tenemos claro por la secuela del relato. En efecto, tras regresar, Abram puso al hijo que Agar le dio el nombre que ya le había revelado el Ángel de Yahvé: Ismael (*Dios escucha*). Este nombre expresaba el hecho de que Yahvé había escuchado su situación de miseria. Y así, su numerosa descendencia – Ismael tuvo nada menos que doce hijos – vino a ser, de manera indirecta, descendencia de Abrahán, aunque la línea de la promesa pasara por Isaac (vv. 10-16; cf. Gn. 17:20; 21:12-13; 25:12-18).

Llevada al Dios vivo

Esta revelación divina hizo que Agar invocara el nombre de Yahvé en el pozo de *Lahai Roi*. Invocar el nombre de Yahvé es, de hecho, un acto de adoración. Para nosotros, que somos cristianos, invocar el nombre de Dios es nuestro servicio razonable (Ro. 12:1). Es reconocer y expresar todo lo que Dios quiere ser para nosotros y darle gracias y homenajearlo.

Esto lo queremos hacer de manera personal y cuando nos reunimos como cristianos, por eso lo invocamos como Padre en Cristo Jesús, nuestro Señor. De esta manera, podemos expresar su grandeza en los cánticos, oraciones y acciones de gracias. La invocación del Nombre es, en realidad, el tema de nuestro culto, como afirma el apóstol: «Por tanto, ofrezcamos continuamente por él el sacrificio de alabanza a Dios, el fruto de nuestros labios, dando gracias a su nombre» (Heb. 13:15). La respuesta agradecida a la revelación que Dios nos ha hecho en Cristo Jesús es la de honrar y glorificar a nuestro Dios, alabando su precioso Nombre con cánticos y oraciones.

Como Agar, hemos llegado a conocerlo como el Viviente, que en gracia sorprendente ha velado todo el tiempo por nosotros. Salvados del pecado, servimos al Dios vivo y verdadero y esperamos a su Hijo del cielo (1 Tes. 1:9-10). Tenemos un Señor y Salvador vivo, que ha vencido la muerte y el sepulcro.

Vivir cerca del pozo

Génesis 24 y 25 añaden algo más a esta idea. De hecho, el pozo *Beer Lahai Roi* se convirtió más tarde en la morada de Isaac en el territorio del sur (Gn. 24:62; 25:11). Vemos este manantial en su vida como un recurso permanente, un hogar duradero. En nuestra peregrinación, no venimos por casualidad al pozo que Dios nos indica solamente, nada de eso, sino que queremos hacer de él nuestro hogar. Esa es su intención. Quiere bendecirnos allí como hizo con Isaac, por eso dice el salmista: «Dichosos los que habitan en tu casa; aún te alabarán» (Sal. 84:4).

Así, el peregrino errante en busca de agua se convierte en un sacerdote en la casa de Dios. Ha encontrado en ella una morada permanente, un lugar de comunión constante con el Dios vivo, una comunión ininterrumpida (Gn. 25:11). Es evidente que vivir, morar, cerca de la Fuente de la bendición es más que un encuentro ocasional con Él.

Lecciones tipológicas

La historia de Agar en Génesis 21 es en varios aspectos el equivalente de la historia de Génesis 16. Ambos relatos sucedieron en el desierto, cerca de un pozo (el pozo del Dios vivo, quien me cuida; y el pozo del juramento, respectivamente). En ambos casos, Agar recibió una revelación divina sobre su hijo. En el capítulo 16 estaba embarazada, y en el capítulo 21 su hijo Ismael tendría unos diecisiete años. En ambos relatos Dios veló por ella. Ismael significa *Dios escucha*: «Dios vio la miseria de Agar, pero igualmente escuchó la voz del muchacho» (Gn. 16:11; 21:17). Agar huía de su ama Sarai en el capítulo 16. Su huida fue prematura, por lo que tuvo que regresar. En el capítulo 21, su salida fue definitiva y en conformidad a la voluntad divina. El hijo de la esclava no podía heredar con Isaac, el hijo de la promesa.

Hay importantes lecciones espirituales en todo esto, como muestra Pablo en Gálatas 4. Esta historia ilustra importantes principios, entre ellos que la iglesia tiene una herencia diferente a la del pueblo terrenal de Dios, de la Jerusalén actual. El judaísmo y el cristianismo no están a la par, al igual que había una gran diferencia entre Ismael e Isaac. Los cristianos no son hijos de la esclava sino de la libre. La Jerusalén celestial es nuestra madre y, por lo tanto, estamos libres del servicio de la ley. La dispensación de la ley es muy distinta a la dispensación de la gracia, que ahora reina por medio de la justicia para la vida eterna por medio de Jesucristo (Ro. 5:21).

Como cristianos, no estamos bajo el régimen de la ley, sino supeditados al reino de la gracia (Ro. 6:14-15). Por lo tanto, la conclusión debería ser que el judaísmo y el legalismo no tienen cabida en la iglesia del Dios vivo. Han de ser condenados y desechados, como la esclava fue despedida con su hijo de la casa de Abraham (Gál. 4:21-31). Ismael es una imagen del hombre natural, que sigue su camino contando con sus propias fuerzas. Iba a ser llamado «un hombre salvaje» (Gn. 16:12). La carne pecaminosa y el Espíritu no pueden andar juntos. Sin embargo, la carne y el mundo – la tierra de Egipto – sí caminan juntos (cf. Gn. 21:21).

Hay otra importante lección profética que resulta de este incidente. El hecho de que Ismael fuera despedido no significaba que no hubiera futuro para él. De hecho, fue bendecido porque era descendiente de Abraham. La promesa de Dios decía: «Pero también haré una nación del hijo de la esclava, porque es tu descendiente» (Gn. 21:13). Incluso se lo menciona como «una gran nación» (Gn. 21:18). Como ya fue anunciado, de Ismael salieron doce príncipes (Gn. 17:20; 25:16). Llama la atención que las tribus de Israel fueran también doce. Y el hijo de la esclava constituye a veces una imagen del pueblo terrenal de Dios bajo la esclavitud de la ley, la Jerusalén actual (Gál. 4:25). Sin embargo, en el tiempo final Israel producirá una rica bendición bajo el nuevo pacto.

La línea de la promesa – la línea de la alianza de Dios – pasaba por Isaac. Con él, el Dios eterno fraguó «un pacto eterno» (Gn. 17:19). Isaac, el hijo que fue sacrificado y que luego resucitó de entre los muertos, por así decir, es un tipo de Cristo (Heb. 11:17-19). Por medio de Cristo, la Semilla de la promesa, pertenecemos como creyentes gentiles a la posteridad de Abraham. Estamos firmemente unidos a Cristo y somos bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Él. De este modo, la iglesia celestial obtiene una herencia única. Como hijos de la promesa e hijos de la mujer libre, somos herederos de Dios y coherederos de Cristo (Rom. 4:9-25; Gal. 3:16-29).

Agua en el desierto

Esta historia también contiene lecciones prácticas para nuestra vida de fe. Cuando invocamos al Señor en el día de la angustia, Él proporciona la salvación. Prepara la provisión de agua en el desierto y abastece de bebida espiritual de aquella Roca que los seguía (1 Cor. 10:4). De esta manera, podemos sacar fuerzas de las promesas de Dios repetidamente y seguir nuestro camino. Él conoce nuestra situación y necesidades, incluso las de las madres solteras, como Agar.

Después de que Agar abandonara la tienda de Abraham, vagó por el desierto de Beerseba durante un tiempo (Gn. 21:14). Si damos por supuesto que Abraham aún vivía en el sur (el Néguev), cerca de Cades, Agar debió de desplazarse hacia el norte. Beerseba hacía frontera con el sur de Israel. Después ella regresó a las inmediaciones de Cades, en el desierto de Parán (Gn. 21:21), donde acabó viviendo Ismael. Esta zona también desempeñó un papel importante en el éxodo (Núm. 10:12; 12:16; 13:3, 26). La pequeña provisión de alimentos que le habían dado a Agar se agotó rápidamente. Cuando se le acabó el agua, acostó a su hijo bajo unos arbustos y se sentó a llorar a cierta distancia, ya que no podía verle morir.

Sin embargo, la salvación estaba cerca. Dios no estaba lejos y quería secar sus lágrimas. Se hallaba próximo un manantial de agua, un pozo que daba testimonio de la fidelidad de Dios a sus promesas. El nombre de Beerseba (*Pozo del juramento*) se menciona probablemente aquí como un signo de esperanza (Gn. 21:14). Pronto se haría evidente que Dios estaba cumpliendo su palabra. No solo vio los sufrimientos de Agar como madre, sino que en esta situación desesperada también escuchó la voz del muchacho donde este se encontraba.

Agar no debía tener miedo. Dios iba a cuidar de ambos. Tenía que levantarse y, junto con su hijo, empezar una nueva vida. Dios le abrió los ojos, ella vio un pozo en el desierto de Beerseba y fue y llenó el odre de agua para dar de beber al niño. Dios estuvo con él y creció. Vivió en el desierto de Parán como arquero, y su madre tomó para él una esposa de la tierra de Egipto (vv. 20-21). En este lugar Dios demostró su fidelidad a Agar y a su hijo Ismael. Sin duda ninguna, ella no había sacado agua del *pozo del juramento* en vano.

OudeSporen 2021

